

País Nada

Arnoldo Kraus

El lento desmoronamiento del yo y la paulatina desaparición de la memoria son los temas inquietantes que aborda Arnoldo Kraus en este relato pleno de hallazgos narrativos.

—Lo que más me aterra es perder la memoria, le dijo Miguel a Xavier. Anoche tuve una pesadilla, fue una vivencia horrible. Viajé al País Nada. Las personas deambulaban sin destino, sin tiempo, sin habla. Desperté empapado...

—¿Qué hacías tú ahí?, interrumpió Xavier, su hijo.

—Nada. No entendí cómo llegué a ese país. Durante el sueño me di cuenta de que yo no era yo. Otro Miguel había entrado en mi cabeza. Poco quedaba de mí. Mi nombre, la ropa y uno que otro recuerdo. No más. Cuando me observé en un espejo no me reconocí. Me hablaba: “Miguel, Mike, Michael, maestro Miguel, *profé* Miguel”, nada. No había respuesta. Desperté agobiado, con miedo, con el cuerpo húmedo. No concibo los días sin memoria, sin deudas, sin planes futuros, sin lecturas. Recuerdo la desoladora imagen final de Juan, mi amigo filósofo, brillante polemista, escritor impecable. Lo recuerdo, cuando recién empezaron los síntomas de la demencia senil, deambulando sin rumbo, repitiendo soliloquios, moviendo la mano sin cesar, buscando detrás del armario de su oficina...

—Lo de Juan fue muy doloroso para ti.

—Algo similar al horror. Cuando se fuga la cabeza y sólo queda el cuerpo, ¿quién eres?, ¿eres o no eres? Sin ideas, sin motivos, sin palabras, sin ser quien eras, ¿dejas de ser?

Dos meses atrás Miguel cumplió ochenta años. Había dedicado su vida al mundo de las ideas, una vida donde las semillas sembradas se convertían en palabras, discursos, arengas. Su aspecto físico era excelente. Su capacidad intelectual empezó a desmoronarse el último año cuando notó que su memoria decaía con velocidad, sobre todo la reciente.

Los olvidos le aterraban por muchas razones. Le quitaba el sueño la idea de no escribir o no poder discutir en el círculo universitario. “Sin ideas, sin *noes*, sin *síes*, mejor marchar, mejor partir con dignidad”, le dijo Mi-

guel a Xavier. El cuerpo de Miguel permanecía inmutable, la cabeza de Miguel empezaba a marcharse. Miguel caminaba hacia el País Nada.

Miguel había leído dos o tres novelas y visto algunas películas donde el personaje principal se perdía en su casa, en los lugares de toda su vida. En una novela el personaje sufría in extremis cuando empezó a notar su incapacidad para hilvanar frases cortas, congruentes, lógicas.

—¿Conoces la historia de Iris Murdoch?, preguntó Miguel.

—No, replicó su hijo.

—Cuando Iris, filósofa y novelista, acudió a recibir un doctorado honoris causa en la Universidad de Beer Sheva, no logró decir ni una palabra frente al público. Enmudeció. Bajó del estrado sin pronunciar palabra alguna. Ni siquiera gracias. Nada, no dijo nada. Miraba hacia el auditorio sin parpadear. No había nada ni nadie frente a ella. Su cerebro se secó. En el auditorio de la universidad, Iris dejó de ser Iris. Todo tardó un suspiro, un suspiro infinito y doloroso para el esposo; imposible entender dónde se perdieron las palabras y dónde quedó el habla. ¿Imaginas la angustia de Iris cuando su compañero le narró lo sucedido?, ¿imaginas vivir en el País Nada, el país de mi pesadilla, después de haber dedicado parte de tu vida al mundo de las ideas?

A Miguel le atemorizaba la cruda realidad de grandes pensadores cuyo cerebro se había reducido a nada o a algo similar. Al lado de esos demonios, el recuerdo de los últimos meses de Rufino le asfixiaba.

Su tío predilecto fue Rufino. Él le contagió el placer por los libros, el cine y la música clásica. Además, sembró en Miguel la semilla de la inconformidad y de la búsqueda. “De Rufino aprendí una gran palabra”, decía Miguel. “¿Cuál?”, preguntó Xavier. “Contestatorio”.

Rufino fue un gran universitario. Maestro, escritor, periodista y dueño, además, de una rebeldía envidiable.

Los alumnos lo admiraban por eso y por su congruencia: “Decir no, para quienes tenemos el privilegio de la voz, es obligado”, solía decir. Su espíritu, gracias a esa multiplicidad de actividades, se mantuvo joven hasta el último año. Los meses anteriores a su deceso fueron tristes. La enfermedad de Alzheimer, o cualquier otra con apellido neurológico, lo cercenó rápido, sin miramientos: no le permitió ni recoger algunos recuerdos ni despedirse de sus seres queridos. La zozobra mental lo devastó. Lo borró de un plumazo. Su cabeza se fue y él, un nuevo él, otro él, se quedó. Se quedó es un decir: cuando ya no eres tú, ¿quién eres?

Rufino dejó el mundo seis meses antes de morir. No había con quien hablar. Cuando se percató de su deterioro intelectual la enfermedad ya había penetrado el cuerpo y desmoronado la cabeza. Un recuerdo por acá, un pedazo por allá, una voz lejana otrora conocida, ahora desconocida. Sólo quedaron algunos lazos, todos insuficientes: empezaban pero no llegaban, nunca llegaban donde debían. Todo cambió. La amabilidad se transformó en agresividad, el cariño —siempre tocaba, acariciaba, acomodaba el cabello— desapareció. La mirada atenta se perdió, el aseo y el buen gusto por la ropa se convirtió en falta de limpieza y en desgarbo. Las pláticas amenas, en impaciencia. “De seguir así, sin sumar cifras sencillas, sin recordar dónde dejé las llaves de la casa, el nombre del autor del último libro leído, o el nombre del último *hijodeputa* del presidente de nuestro país, prefiero terminar pronto”, le había comentado Rufino a Miguel en dos o tres oportunidades.

Preso de tristeza y desasosiego, Miguel, ante el derumbe de su querido tío, escribió, años atrás, unas líneas: “Un cuerpo sin cabeza, una vida sin vida; un pasado rico, un presente indigno. ¿Qué hacer o decir cuando la impotencia supera la voluntad? Dolor sin cura, tristeza irremediable”.

Meses después de haber cumplido ochenta años, Miguel, al igual que Rufino, empezó a olvidar fechas, nombres de amigos, teléfonos de familiares e incluso algunas de las noticias leídas en el periódico de la mañana. Lo peor es que olvidaba a pesar de sus intentos denodados por no hacerlo. Un día se cambiaba el anillo de mano, al día siguiente pulsaba el reloj en la otra mano, otras veces dejaba el despertador en otro sitio, y todos los días llenaba las bolsas de su pantalón con algunas libretitas y lápices para escribir todo lo que no debía olvidar. Los olvidos le incomodaban sobremedida, lo agobiaban. Cuando se percataba de sus olvidos y de la imposibilidad de su voluntad para ordenar su cabeza, quedaba exhausto.



Chris Killip, *Youth on Wall*, 1976

—Cada vez olvido más cosas. Antes no me sucedía eso. Lagunas, dicen mis amigos; lagunas, confirmó el doctor Gutiérrez.

—¿Lagunas?, preguntó Xavier.

—Lagunas es una variante geográfica de olvidos. Así se dice en el lenguaje popular y así lo llaman algunos doctores antes de emitir diagnósticos. En la vejez, los veredictos médicos suelen ser desagradables, por no decir demoledores. Si aún entiendes bien, y le pides al doctor una explicación detallada, la verdad puede ser devastadora. Hay quienes prefieren no preguntar. Alejarse de la verdad, para quien puede, es válido. Para quienes no soportamos la incertidumbre eso es imposible: yo prefiero lidiar con la verdad, aunque sea cruda. Nunca he pertenecido a ese grupo donde la esperanza predomina a pesar de que las evidencias demuestran lo contrario. Trabajar con la verdad te permite finalizar. Los finales amargos pueden ser mejores que las no verdades, ¿*inverdades*?

—¿Te dijo algo desagradable el doctor Gutiérrez?, insistió su hijo.

—Fue ambiguo. “La ciencia médica”, explicó Gutiérrez, “no cuenta con elementos suficientes para diagnosticar con certeza los inicios de enfermedades como la demencia senil o la enfermedad de Alzheimer”...

—¿Entonces?, continuó preguntando.

—Algunos datos sugieren que está siendo víctima de la enfermedad de Alzheimer, me dijo Gutiérrez...

—¿Cómo cuáles?, interrumpió ansioso Xavier.

—Según Gutiérrez, la pérdida de la memoria reciente apunta en ese sentido.

Unos meses antes de haber cumplido ochenta años Miguel continuaba dando clases en la universidad, publicaba ensayos en revistas, colaboraba cada semana en el periódico y participaba en eventos académicos. No cejaba. Su edad no era obstáculo. Para minimizar las pér-

didas propias de la edad y no ser víctima de los olvidos, decidió, un año atrás, cuando empezó a notar algunas mermas en su memoria, llevar un pequeño diario en el cual escribía notas cortas, ideas aisladas, reflexiones. Los años no habían disminuido su pasión por conocer y preguntar. Anotaba todo. Cualquier idea útil acababa en sus cuadernos. Todos los espacios “medio disponibles” de su oficina, de su casa, e incluso de su coche, eran apropiados para los cuadernitos de Miguel.

Cuando los olvidos aumentaron compró un cuaderno grande. Gracias a él reemplazaría sus papelitos, compañeros indispensables durante toda su vida y que se perdían con facilidad o terminaban en sitios imposibles de encontrar. Los papelitos que atiborraban los bolsos del pantalón, donde anotaba, cuando no olvidaba que debía anotar algunos sucesos del día, y sobre todo, los olvidos del día previo, fueron sustituidos por el cuaderno: “Llamar a mi esposa”. “52923569: teléfono de mi oficina”. “Guillermo es el nombre de mi último nieto”. “Dejar las llaves en la mesa de la entrada”.

Buscando orden para frenar los estragos de la desmemoria, Miguel transformó su cuaderno en calendario. Al inicio de cada página escribió los días del mes. En medio anotaba los quehaceres del día, alguna cita, notas sueltas, ideas pendientes, deseos incumplidos, su vida... Abajo, en algunas páginas, transcribió, en uno o dos renglones, ideas suyas, recogidas de sus últimos cuadernos de aforismos y pensamientos, de sus cuadernos lúgubres como él los llamaba.

Febrero 17, 2012.

El tiempo es polvo. El tiempo del viejo corre, no se detiene. Es inatrapable.

Febrero 21, 2012.

Los ríos se han secado.

La fugacidad me aterra. Prefiero el vacío o incluso la nada.

Marzo 19, 2012.

No huyo, quien huye es el tiempo.

Mi cabeza ha dejado de ser mi hogar. Se ha ido. Mis huesos son mi patria, fueron los versos iniciales del poema con el cual retrataba a su tío.

Un renglón abajo del recuento de los días y de sus reflexiones Miguel anotó, en todas las páginas, con letras mayúsculas, rojas, más grandes que las habituales: “Miguel: no olvides escribir todo lo que puedas olvidar. Recuerda el proverbio chino: *Mejor confiar en la tinta, por más endeble que sea, que en la memoria más brillante*”.

Xavier, a su vez, conocedor de los agobios y dolores del padre, colocó un letrero con letras grandes en el re-

llano de la casa de su progenitor: *No olvides transcribir las notas de hoy.*

—Cuando las lagunas aumentaron me hice de muchas libretas. Si pierdo una, aparece otra. Si no encuentro la nueva, encuentro la vieja. Si no aparecía ninguna —“aparecía es una gran palabra”—, sabía que, tarde o temprano, alguien las recuperaría y las colocaría en mi escritorio. Cuando la memoria no me abandona transcribo las anotaciones de una libreta a otra y de ahí al cuaderno grande. Mi cuaderno se ha convertido en diario, mi diario en una pequeña radiografía, mi radiografía en un alter ego. Empecé a escribir esas notas cuando noté que olvidaba hechos recientes, sucesos importantes.

—¿Quién las conoce?, preguntó Xavier.

—Nadie. Siempre he escrito por cuestiones académicas. Ahora lo hago por necesidad. Los diarios en la vejez son una suerte de resguardo. Te recuerdan, te sitúan. Releerlos te significa: alegrías, tristezas, pérdidas, éxitos, fracasos, amores, desamores, no importa. Son una parte tuya. Poco a poco empiezan a ser imprescindibles, algo así como apéndices. No puedo seguir perdiéndome. Perderse dentro de uno es terrible; no poder hacer nada para evitarlo, duele. Me doy cuenta de lo que me sucede y poco puedo hacer. Los diarios no mitigan las pérdidas pero acompañan, te ordenan. Dejar de ser quien eres... dejar de razonar... depender... olvidar situaciones obvias... no poder abrir la puerta de la casa... escuchar voces inexistentes... mover las cortinas en busca de algo... pensar en que alguien está en tu cama o bajo el sofá... imaginar tu cabeza habitada por otra persona... ¿Alzheimer?, ¿demencia senil?... ¿...?, ¡...!, lo mismo da. Tengo algo parecido a eso. Algo similar al desmoronamiento de la razón, a la fragmentación del pensamiento, a las telas sin zurcir, deshilachadas, rotas, sin hilos ni agujas a la vista. No es fácil ser consciente de esas fracturas. Duele. Es duro atestiguar tu derrumbe, ir sin regresar.

Miguel empezó a preocuparse por su otro Miguel el día en que no se reconoció en el espejo. Dos días se había guardado en casa. Dos días había dejado de verse en su espejo. Gozaba mucho quedarse el fin de semana en casa sin salir, sin hablar, sin rasurarse ni bañarse, sin seguir los consejos y costumbres de la sociedad. Desde hace más de veinte años, cuando rondaba los sesenta, cuando sus labores se lo permitían, Miguel disfrutaba permanecer en casa sábado y domingo. “Dos días sin salir al mundo, sin codearme con las raspaduras de la

calle, sin enmendar los enojos de la gente y sin ser víctima de la prisa del tiempo, son un regalo, son la oportunidad de estar en mi mundo, con el Miguel que sólo necesita de él y de lo que está al alcance de las manos”, le gustaba decir.

A partir del suceso del espejo Xavier decidió acudir a casa de su padre tan frecuentemente como su trabajo se lo permitiese. Sin proponérselo, Xavier se convirtió en testigo del desmoronamiento de su progenitor. Poco a poco, confirmó Xavier, todo empezaba a desgajarse.

El espejo de siempre dejó de ser el de siempre. Miguel se detuvo unos segundos frente al espejo. Era él pero no era del todo él. Su angustia contagiaba el ambiente. Xavier lo observaba. Se percataba de la imposibilidad que lo atenazaba. Le dolía observar a su padre. “Es algo así como un proceso de demolición”, le comentó tiempo después a un amigo cercano.

Miguel titubeaba. “¿Qué sucede?”, se preguntó. “Apenas ayer estuve aquí, frente al espejo”, se respondió. “¿Qué sucede?”, le preguntó a Xavier.

Algunos rasgos de su cara le parecían ajenos. Las cejas no eran las suyas, parecían despobladas, demasiado arqueadas. La barba rala, blanca, ajena. La frente, se esforzó por recordar, tenía más arrugas. Cogió del clóset una fotografía reciente, “en efecto, mi frente es distinta. La foto la tomó Xavier el año pasado”. Reculó unos segundos, respiró unos más, miró el techo, miró el aire, cerró el clóset, sacó una bolsa del basurero, se talló la nariz, tocó la pared, recogió una toalla, movió una vela, prendió la luz, abrió el cajón, enderezó el cuadro, dijo algunas palabras, puso pasta dental en una mancha que tenía en la nariz, abrió una puerta, cerró una ventana, abrió otra ventana, cerró otra puerta. Todo parecía igual. Ensayó sus gestos. Nunca lo había hecho. Los repitió, al menos doce o trece veces. Una vez rápido, otra menos rápido, la siguiente más rápido, la última le tomó algunos minutos. Nunca lo había hecho.

—¿Qué te sucede?, preguntó Xavier, con la intención de situar a su padre.

Tras mirarlo durante unos minutos: “¿Quién eres?”, “Xavier, tu hijo”, “Sí, claro, sí”, tomó asiento, respiró profundo, miró más allá de las paredes, se frotó las sienes, y bebió un poco de agua del vaso que Xavier le extendió. “Los gestos no son míos, son de otro. No dormí bien y tuve una pesadilla. Quizás eso explica lo que ahora me sucede”.

Intentó encontrarse por otra vía, una más sencilla. Los gestos implican muchos músculos. “Haré unos guiños, discretos, suaves, como los de los grandes mimos. De los del Miguel de siempre, del Miguel universitario”. Los encontró distintos. Las muecas o arrugas que suelen permanecer uno o dos segundos tras fruncir el ceño desaparecían con inusitada celeridad o eran diferentes. Una le pareció tenue, otra menos saltona, la del



Chris Killip, *Torso*, 1978

labio superior menos pronunciada. Intentó de nuevo. Sucedió lo mismo. Era él pero no era él. Estaba agotado.

Xavier abrazó a su padre. Lo llevó a la cama. Le tomó las manos. Le habló una, dos, incontables veces. La cabeza de Miguel iba y venía. Lo apretó contra su pecho. Le habló de sus nietos. La mirada de Miguel traspasaba las paredes. Memoria, desmemoria, lucidez, perdición, presencia, ausencia. En ocasiones su lenguaje era cuerdo.

—Algo horrible me sucede. Se envejece y se acumulan años pero el rostro, dicen los libros, cambia poco. ¿Qué pasa?, se preguntó, mientras respiraba entrecortado.

Abandonó la cama seguido de Xavier. Se plantó frente al espejo. Enjuagó la boca con fuerza. Escuchó la radio del vecino. No logró identificar con claridad la música. “Debe de ser la vieja tonada que tanto tarareaba mi madre”, le dijo a su hijo, “Reloj, no marques las horas...”.

Pronto el agobio lo rebasó. Conforme transcurría el tiempo, aumentaba el malestar. Le pidió a Xavier un agua de soda. “Entre más fría, mejor. Me despabilará”. Apuró el agua de soda en un santiamén. Unas gotas se escaparon de la boca y mojaron más la camisa; desde hace tres o cuatro meses Miguel babeaba continuamente. Le punzó la sien derecha. Aguardó. Nada sucedió. Xavier le hablaba. Miguel respondía, la mayoría de las veces, sin coherencia. Un sollozo acompañaba a las palabras.

—A mi edad nada sirve.

De la mano de Xavier caminó a la cocina. Con la ayuda de su hijo calentó agua y vertió dos cucharadas retacadas de café negro, fuerte, como antaño. Cuando

rompió el hervor vertió el café en su taza predilecta, la de siempre —“siempre” escuchó Miguel, “como siempre”, replicó otra voz—, y agregó una pizca de azúcar. “El café caliente, bien cargado, relaja. ¿Desde cuándo es mi compañero?”, dijo en voz alta.

Caminó, ayudado por Xavier, hacia su cuarto. Tomó asiento en su lugar predilecto. Abrió el periódico. Lo cerró sin reparar en ninguna noticia. Miró de reojo un libro. Lo hojeó sin leerlo. En algunas páginas había notas suyas. Pensó en llamarle a alguien. “¿A cuál alguien le marco?”, le dijo a Xavier. “No sé a quién, no urge, lo haré más tarde, no hay prisa”, se respondió. Después de dos o tres minutos, sin sorber apenas un trago de café, dejó su asiento. No pudo aguardar más. La sangre corría rápido. Casi lo empujaba. La sentía. El cuerpo estaba caliente. Caminaba alrededor del cuarto. No paraba. Hablaba para él y quizá para Xavier. Abrió un cajón de su buró, sacó un papel arrugado. Lo dejó sobre la cama. Era uno de sus papelitos, escrito tres meses atrás, “seguramente he estado distraído, quizá nervioso. No he terminado mis cartas y mi hijo debía llegar ayer pero no llegó. Ésas son las razones por las cuales el espejo no me reconoce. Mi cara debe estar retorcida, deforme. ¿Cómo estará mi alma? No sé. Lo bueno es que el alma carece de cuerpo. Si está rota o con aspecto de Golem nunca lo sabré. A mi edad, uno es presa fácil de los nervios. Xavier está bien, lo sé, llegará hoy, sólo es un contratiempo”.

Regresó al espejo. Lo limpió con una toalla. Encendió todas las luces del baño. Respiró hondo. Se paró tan recto como pudo, en posición de soldado. Planchó, con la mano, el cuello del pijama. Se abotonó el último botón. Se apretó la sien que le dolía. La arteria estaba dura, más que de costumbre. Pulsaba con fuerza, como cuando joven tras un maratón. Después se sonó. Le disgustaban los pelos que salían por las narinas, “así le salen a los viejos cuyo destino cercano es el panteón”. Sus ojos rojos demandaron gotas. Las hamacas debajo de los párpados inferiores eran cada vez más pronunciadas. “Así es. No hay de otra. Sólo la muerte impide el desgaste”, había escrito en su cuaderno semanas antes.

Un resabio de saliva seca escondía las comisuras laterales. “Huele mal mi boca, ¿desde cuándo no me cepillo los dientes? Tampoco me rasuré. Estoy hecho un desastre”, dijo Miguel. “¿Me hablas?”, preguntó Xavier. Miguel fijó la vista en el espejo. Después, lavó la cara con agua fría, con jabón neutro. La secó con parsimonia, tan lento como pudo. Se alió el pelo. Le pidió a su hijo que le cortase los pelos largos de la nariz, “¡caray, son blancos!”.

—¿Hace cuánto no voy a la peluquería?, dijo en voz alta.

—¿Quieres ir con Pepe? Los sábados hay poca gente en la peluquería, le dijo Xavier.

Con un peine pequeño repasó su bigote. “No está parejo. Cae mucho sobre la comisura labial izquierda. Pepe dice que estoy chueco, que no es su culpa, ‘le corto bien el bigote pero usted está chueco, ¿qué quiere que haga?, soy peluquero, no soy mago ni cirujano plástico. Ya se lo he dicho”.

Regresó a su cuarto. Tomó un viejo libro que había subrayado y releído muchas veces. Le pidió a Xavier que leyese en voz alta un párrafo: “El cuerpo es una casa prestada. Algunas personas lo viven, otras sólo lo habitan. Vivirlo implica regresar, demoler y construir, preguntar para nunca dejar de preguntar. Vivirlo es sinónimo de movimiento; habitarlo es recorrer las hojas de los años sin saber cuándo fue ayer y cuándo será mañana. El cuerpo cambia (se mueve) porque la vida se mueve (cambia). Ambos cohabitan, siembran metáforas, edifican moradas. El cuerpo invisible no sirve, es frío”.

El autor es muy crudo, pero tiene razón. El cuerpo es una casa prestada, se dijo Xavier.

Transcurrió una hora, una larga hora. Miguel hablaba sin cesar. En ocasiones parecía atender a su hijo, otras no. Miguel abandonó el cuarto. Iba de un lugar a otro. Xavier le hablaba. En ocasiones escuchaba, otras veces no.

Regresó al baño. Transcurrió otra hora, la más larga de todas las horas. Respiró hondo. Enjuagó su boca. Llenó el cepillo de dientes con pasta dental. El cepillo era viejo. Algunas cerdas estaban dobladas. Tocaban el mango. Otras habían desaparecido. Apenas se distinguían algunas letras en el cuerpo del cepillo, una l por allá, una c hacia el final. “Todo por servir se acaba”, se dijo. Tiró el cepillo al basurero, “es su destino”.

Cogió el jabón entre sus manos. Se le escapó. Saltó como saltan los jabones. Lo recogió del suelo, se lavó la cara. Talló con fuerza las comisuras. “La cara limpia es mejor. El espejo me reconocerá. Se acordará de mí, ¿por qué no lo pensé antes? Me hubiera ahorrado este trago amargo”. Respiró hondo. Limpió otra vez parte del espejo, justo la que estaba debajo del foco nuevo. Se miró durante unos segundos. Pasó la mano sobre sus carrillos. La barba estaba dura. Mesó algunos cabellos. Frunció el ceño. Arrugó las cejas, abrió tan grande como pudo sus ojos. Respiró hondo. “Soy yo pero no soy Miguel”, se dijo. Habló frente al espejo, en voz alta. Dijo muchas cosas. Habló sin cesar. Era difícil entenderlo. Las palabras eran su vida. Siempre confió en las palabras. Hablarle al espejo será el remedio, pensó. Habló hasta agotarse. Le habló de todo. De sus alegrías y sus penas, de sus amores e infidelidades, de sus certezas y sus miedos. De todo. “Eso es lo que hacía falta. Recordarle al espejo quién soy yo”, pareció entender Xavier.

Se miró otra vez. Sonrió. Tocó el espejo. Luego lo golpeó con suavidad. Frotó el espejo. Una vez, nada, otra vez, nada. Nada. No estaba Miguel. **U**